

SANTANDER.—LUNES 17 DE MAYO DE 1886.

LA BACHILLERA.

Cuando andaba en estos pasos debía tener diez y siete años... Justo: esto fué hace cuatro y tiene ahora veintuno...

Se llamaba María, y era la gloria de su padre y el encanto de sus profesores.

Estaba ya en quinto y tenía sobresaliente y premio ordinario en todas las asignaturas que llevaba cursadas, excepto en la de Retórica y Poética, donde no obtuvo el premio, porque el catedrático que explicaba aquella clase opinaba que esa distinción solo la merecía él. Y no se la daba a nadie.

A cada nuevo triunfo que la niña alcanzaba en el Instituto—en el Instituto de Madrid, que es adonde acudía—los amigos de la casa se repetían indefectiblemente la misma pregunta:

—Pero ¿quién diablos sale esta chiquilla?

En efecto. Su padre, que respondía al nombre de D. Robustiano, apenas si media los grados de inteligencia suficientes para aprender a hacerse rico, anhelado término á que hubo de llegar, sin más amparo que el de las propias energías, desde el lejano punto de su nacimiento humilísimo, y por el camino más largo y fatigoso, por el del trabajo honrado. Y respecto de su esposa, en la santa gloria años hacía, si es verdad que acertó á dejar entre deudos y amigos la fama de sus virtudes domésticas, es también fama que jamás hizo sudar las prensas en su elogio, ni hay noticia de que su muerte, muy bien llorada por lo demás, mereciera á los vates de su época una mala corona poética.

No tendría, pues, la hija á quien salir, pero el hecho—comprobado, como queda dicho, en papeles de oficio—es que silva ariosa de todos los trances y dificultades á que el rigor académico la sujetaba, y que no había para su inteligencia oscuridades donde muy en breve no se hiciera luz, ni para su planta camino difícil, ni peligroso desfiladero que no atravesara segura y valiente. Así, dejando á un lado y otro atascada la ríeña de sus condiscípulos, atravesó la gentil doncella los dos puentes de inmortal renombre, el *Quis vel qui* en los valles de Lacio, y el *Binomio de Newton* en las asperezas del Algebra.

Aquel curso estudiaba Geometría y Trigonometría, y Psicología, Lógica y Ética, y era del siguiente modo:

Los ojos, que eran lo primero que llamaba la atención, casi negros, mirados de frente negros del todo; bastante grandes, de hermosísimas pestañas á cuyo amor se quedaban á veces dormidos como la virgen bajo la amplia colgadura de su cama; generalmente callados, mudos por modestia, pero que de la que tomaban la palabra... ni el catedrático de Historia—que era zorrillista—hablando de Felipe II; iluminados aún por esa encantadora expresión de susto, el susto del alma que por primera vez se asoma á ellos á contemplar el espacio en que ha de tender sus alas, como paloma nueva á la ventana antes de ensayar el primer vuelo. Miedo que en aquella alma subía de punto al mirarse reflejada en otros ojos, como sabe también el de la paloma al topar con aquella su imagen de madera clavada en la ventana para señal y muestra del palomar.

No tenía la boca ni grande ni chica, pero sí graciosamente dibujada y pródigamente surtida de todas esas riquezas de joyería orgánica, perlas, corales y demás artículos en que comercian los poetas. La nariz, entre aguilena y no aguilena, era un modelo; el óvalo del rostro rompíase con incomparable gracia á cada risa; era ligeramente morena, lavada, que dicen los técnicos; y formando, en fin, suntuoso dosel á todos estos primores, caíale por la frente abajo, jugando á rizarse, el más gracioso y bien cortado flequillo, el más negro y más brillante que yo he visto.

Todo esto sin contar con que estaba muy bien de talle, de pié... y de primo, pues que tenía uno muy guapo, llamado, no en el siglo, sino en esta historia, Antonio.

II.

Antonio era huérfano, y merced á una pequeña renta heredada de su madre y que

administraba D. Robustiano, era como atendida á los gastos de su carrera, ó como, mejor dicho, debiera de atender, ya que era la tal carrera asunto que nunca le había preocupado.

No es que fuera un perdido. Formaba entre ellos, pero no era sino un holgazán, un soldado raso de las filas en que militaba, ejército en que los perdidos mandan siempre, y los holgazanes, por ser ocupación más fácil, obedecen.

Ni era tonto, ni nadie, por muy ahumados que usara los anteojos, podía dejar de descubrir en él rasgos de un buen talento, y pasta para hacer hasta un grande hombre, si á mano viniera, que era de suponer que no vendría dada la poca prisa que él se daba á mover las suyas.

Pero si no era tonto, por el camino iba por donde se llega á serlo.

Ya por de pronto creía—y era, en concepto de algunos, muy mal síntoma—que no había mujer que valiera la pena de trazarse un plan de vida y llevarle á término de ejecución aunque fuera por caminos no siempre sembrados de flores.

A fuerza de fuerzas y de suspensos, y exclusivamente por dar gusto á su tío, á quien de veras estimaba, había logrado Antonio arribar al último año de Leyes, del cual no pasaba hacía ya tres.

Don Robustiano, cuya eterna aptitud y honradísima disposición para el trabajo le prohibían otorgar su aprecio á quien no fuera como él, y Antonio estaba muy lejos de serlo, había decidido últimamente no volver á importunarle, ni á importunarse él mismo sobre todo, y se limitaba á entregarle todos los meses su renta sin tratar ya de averiguar el ulterior destino de ella.

Mayor afición que Don Robustiano parecía mostrar á su sobrino su otro tío Don Marcial, hermano de aquel y erudito de alta nota é impenitente bibliófilo que solo para los libros y con los libros podía vivir en el mundo.

Verdad es que el tal señor parecía gozarse en demostrar siempre gustos y opiniones contrarios á los de su hermano.

En todo discrepaban y en nada se parecían, por lo cual, sin duda, se querían tanto.

El cariño del comerciante, sobre todo, rayaba en idolatría; era un culto silencioso, pero profundo, tremendo. Jamás osó meterse á indagar qué hacía su hermano durante aquellas largas horas, durante aquellas noches enteras que en su estudio pasaba; pero él sabía que era algo muy sublime, algo de mucha importancia, que no por no estar á sus alcances, dejaba de ser utilísimo para la humanidad.

Convencido de ello, es como se arrojó un día—dándole todavía vergüenza—á ofrecer á su hermano, que á la sazón vivía de un modesto sueldo ganado en una oficina del Estado, una habitación en su casa y un cajón en la mesa de los cuartos para que más á sus anchas pudiera darse á las investigaciones bibliográficas.

Tan de corazón fué hecha la oferta que se necesitaba no tenerle para rehusarla. Y juntos vivían, en efecto, ambos personajes por la época en que pasa mi relación.

Vivían en esa guerra que es uno de los encantos del hogar, lucha sin heridas y sin consecuencias. A cuanto pensaba D. Robustiano ya se sabía que había de oponerse don Marcial, á pesar de lo que el primero jamás acertó á contar á éste entre los obstáculos que pudieran oponerse á sus planes.

Fuera, pues, por sistema, como D. Robustiano aseguraba, fuera porque su hermano veía en cosas y en personas mucho más adentro que él, el bibliófilo quería á Antonio, y estimaba del muchacho su fondo buenísimo, su fina imaginación y hasta aquel abandono, como de gran hombre, que al muchacho caracterizaba.

No habrá que decir de María á qué carta se quedaba. En juegos de primos, y muy especialmente de primos guapos y elegantes, casi todas las Marías y aún muchas Josefás juegan con la misma baraja.

No vaya á pensarse, por esto, que ella estaba enamorada de aquel holgazán; ella, la

gala del Instituto del noviciado, el primer yo de la cátedra, como jugetonamente la llamaba el profesor de Psicología.

E. MENÉNDEZ.

(Continuará.)

PARIS POR DENTRO.

PROFESIONES FEMENINAS.

Casi todos los periódicos de París del martes último, bajo el epigrafe «Noticias varias» y la fe de los registros de la Prefectura de Policía anunciaban el hecho de haber encontrado unos marineros en el Sena, y no lejos del puente de Billancourt, una botella, dentro de la cual se hallaba un papel, que aquellos entregaron en la Alcaldía del barrio.

La botella contenía una tarjeta:

«Luisa P...

Licenciada en Derecho.»

y debajo, escrita con lápiz, la siguiente frase, de un laconismo que dá frío:

«Cansada de la vida, sin recursos ni esperanza, me suicido.»

El hecho es infinitamente triste, pero no ofrece nada de particular ni de curioso, me dirán Vds., y todas las semanas ocurre en París, por lo menos, un suicidio semejante.

Es verdad; pero Luisa P... no se ha dado muerte como tantas otras infelices que, viéndose abandonadas por un infame seductor, se arrojan desde la ventana de un quinto piso ó se tiran al río, destruyéndose, después de todo porque quieren, por despecho amoroso las más de las veces; no, Luisa P... se ha suicidado contra su voluntad, por algo que al pensarlo estremece, por no poder vivir, digámoslo así, porque era Licenciada en Derecho, en una palabra, é incapaz, por consiguiente, de coser, planchar, hacer la cocina ó hacer calceta.

Y eso precisamente, ese título de Licenciada en Derecho, que me deja pensativo y que ante mis ojos se presenta como escrito con letras de sangre, es lo que me ha inspirado la idea del presente artículo, pobre, por ser mio, pero que yo quisiera hacer conmovedor y profundo, no por vanidad, que otro y más hidalgo es el sentimiento que al escribirle me guía.

En París, y en los crepúsculos de este atormentado y tormentoso siglo XIX, la cuestión del derecho que la mujer tiene de dedicarse al ejercicio de toda clase de oficios y profesiones, ha sido y continúa siendo una cuestión muy debatida.

No faltan naturalistas y economistas que pretenden que la mujer que quiere subvenir por sí misma á sus necesidades encuentra injustamente cerradas las puertas de la mayor parte de las profesiones tanto liberales como serviles, viéndose así condenada á la miseria y por necesidad y fatalmente esclava del hombre.

Estos brillantes discursos y sábias lucubraciones me dejan, sin rubor lo confieso, insensible y frío; es más, esas para mí falsas teorías me sublevan, porque pretendo yo quelejos de abrir puertas nuevas es necesario cerrar muchas, ya y por desgracia á la mujer abiertas. Esta no debe, en todo caso ni bajo ningún concepto, dedicarse á trabajos físicos; pues el hombre mismo, siervo secular del trabajo perpétuo, condenado á ganar con el sudor de su rostro el pan de cada día, llegará, cuando la civilización haya pronunciado su última palabra y la máquina todopoderosa haya reemplazado su mano en la heredad, en el taller y en la fábrica, á verse libertado de tan ruda pena.

La mujer tiene en la vida trazada su tarea como pocas augusta, y Diós le ha encomendado un trabajo delicado y grandioso: la criatura, es decir, el hombre, es decir, la sociedad.

Dejad, pues, á la mujer, madre de la humanidad, hermana sacrosanta de la Tierra, madre á su vez de la Naturaleza, que cumpla su destino. Dejadla llevar en sus entrañas al hombre, como en las suyas lleva la tierra la semilla de los trigos.

No le pidáis que levante las pesadas piedras que han de servir para construir los edificios, que hienda la dura tierra que ha de recibir simientes, que cargue los buques que han de surcar los mares, que busque en el hervor de los alambiques los secretos y las combinaciones de los cuerpos.

Dejadla ser hija, esposa y madre, que no es pequeña la tarea. Tan solo una gran dosis de perversión social puede permitir que la mujer encorve su cuerpo sobre el arado ó sobre la máquina. En vez de alejarla de la familia y atraerla hacia el taller, el mostrador, la sala de disección, la Bolsa, el foro ó el

cuartel—¿por qué manejando el bisturí no manejaría también la espada?—esforzáos en atraerla allí en donde debe de permanecer perenne, como el ángel guardián del hombre, al hogar doméstico.

El hombre es quien debe de trabajar para alimentar á la mujer, quien debe de procurarla, durante su existencia, no solo el pan cotidiano, viático indispensable para recorrer el camino de la vida, sino también la tranquilidad y el bienestar, porque este bienestar y esta tranquilidad son las alas maravillosas con que la pareja humana se remontará hácia los espacios de lo ideal, recorrerá con rapidez y serenidad el doloroso camino, abreviando sus miserias y acortando sus horas de tristeza.

Por eso creo yo que es un perfeccionamiento negativo, un progreso al revés, una locura, el permitir que la mujer viva fuera de la familia con el producto de un salario independiente, lo que, aumentando el celibato, acrecentaría fatalmente la perdición y sus desconsoladoras y horribles consecuencias.

Para el hombre el taller, la oficina, el hospital, el cuartel, el foro, el parlamento; para la mujer el santo hogar, en el que reclinada sobre la cuna del hijo de sus entrañas, cobijada á la tranquila, dulce y protectora sombra del techo conyugal, podrá trabajar cuanto quiera y tirar de la aguja todo el día, pero para su esposo y para su hijo, nunca por el salario.

Este es, á mi modo de ver, el ideal de una sociedad bien organizada y sana, este el verdadero camino del perfeccionamiento, este el progreso social.

Con esas mujeres médicos ó médicas, abogadas ó abogadas, diputados ó diputadas—que siendo nuevos el caso y la cosa no sé como habrá de decirse—la sociedad volvería al estado bárbaro de aquellos pueblos primitivos, de aquellas hordas de salvajes, mejor dicho, en los que la mujer trabajaba la tierra, barrenaba las canteras, hendía los troncos de los árboles, tiraba del carro como una bestia de carga, lo que aún se vé hoy en la Polinesia, por ejemplo, que á nadie le ocurrirá poner por modelo de estados civilizados y también, aunque en menor escala, en dónde yo me sé y avergonzado callo.

En nuestro presente estado social el hombre debe de trabajar con los brazos y con el cerebro; la mujer con los pechos y con el corazón.

Los que pretenden trastornar la naturaleza, invertir los sexos, haciendo de la más bella mitad del género humano una especie de hermafrodita social, esos son, contrariamente á lo que pretenden y creen, los mayores enemigos de la cultura intelectual, moral y física del espíritu humano, rémora de la civilización é inútiles y perniciosos perturbadores.

Pio SILBÉN.

Neully-sur-Seine 13 de Mayo de 1886.

LAS MARAVILLAS DE LA FÍSICA MODERNA.

II.

EL FONÓGRAFO.

Desde que Weatstone inventó en Inglaterra un aparato llamado *Caleidófono*, que tiene por objeto reproducir en ráfagas luminosas las vibraciones sonoras, y Savart logró contarlas con precisión matemática por medio de la rueda que lleva su nombre, se pensó en representar de un modo gráfico las ondulaciones del sonido, y grabarlas en un papel cual la más sencilla y natural impresión.

Duhamel fué el primero que logró alcanzar el resultado apetecido, adaptando al cuerpo sonoro un punzón sumamente ligero, y que trazaba con la mayor regularidad sobre una superficie ahumada, las vibraciones producidas por un diapason colocado junto á aquel.

Este descubrimiento, origen de otros muchos curiosos é interesantes, inspiró al honrado tipógrafo de Martinville, Mr. Leon Scott, la idea de estampar en una superficie, no ya los sonidos inarticulados como hasta entonces se había hecho, sino la voz humana con todos sus accidentes y propiedades. Scott, que desde la esfera de simple obrero supo conquistarse un puesto distinguido entre los inventores modernos, era un hombre de génio capaz de llevar al terreno de la práctica su maravilloso invento; así es que, ayudado por Kenig, fabricante de instrumentos de precisión, logró ver terminada la obra que tantos desvelos le había causado, y en la que había consumido gran parte de su vida y de su capital.

El autor dió á su aparato el nombre de *Fonógrafo*, para expresar de este modo que los sonidos se consignaban por sí propios, y

el importante descubrimiento corrió la Europa entera, causando la admiración de cuantos llegaron á conocerlo.

Poco tiempo después, en 1877, un físico francés llamado Mr. Cros depositó en la Academia de Ciencias un pliego cerrado, en el cual se consignaba en principio la posibilidad de reproducir la palabra por medio del *Fonógrafo* de Scott.

—Este mecanismo—decía el autor—consiste en fijar la traza de una membrana vibrante y utilizar su movimiento para producir el sonido por medio de sus oscilaciones.»

Por aquel tiempo contaba 30 años de edad Tomás Alba Edison, natural de Ohio, en los Estados de la Unión Anglo-Americana, y ya la fecunda luz de su ingenio había recorrido el mundo, dando con sus descubrimientos sobre la electricidad una débil muestra de los prodigios que estaba llamado á realizar en lo sucesivo, cuando en *Les Comptes Rendus* de la Academia de Ciencias leyó, con verdadera admiración, las ofertas de Cros en su pliego cerrado. Desde aquel momento consagró su poderosa inteligencia al estudio de un problema tan importante como difícil, y en 1.º de Enero de 1878 recibía la patente de invención por el *Fonógrafo*, que llenaba todas las aspiraciones del autor.

El *Fonógrafo* de Edison es, pues, un instrumento que escucha, registra la conversación y la reproduce luego con el timbre y pronunciación de los interlocutores, ó lo que es lo mismo, una caja donde se guarda cautiva la palabra, para hacerla sonar á nuestra voluntad en un momento dado.

No cabe duda, que la prioridad de este descubrimiento correspondería al físico Mr. Cros, si al llevarle al terreno de la práctica los resultados hubiesen sido satisfactorios; pero el abate Leblanc se ofreció á practicar las pruebas necesarias bajo las indicaciones del autor, y los ensayos fueron harto desgraciados, hasta el punto de que el citado físico tuvo que abandonar la empresa que temerariamente había acometido.

Por tanto á Edison corresponde de derecho la propiedad de tan importante descubrimiento, que es uno de los florones más brillantes que esmaltan la corona de su gloria.

En 11 de Mayo de 1878 se vió por primera vez en Europa el FONÓGRAFO, presentado ante el Instituto de Francia por sir Puskas, delegado del autor para este objeto, y el aparato, colocado sobre una mesa pequeña, delante del estrado donde se hallaba reunida la sabia corporación, pronunció con voz clara é inteligible, estas palabras: «Edison tiene el honor de saludar á los señores académicos.»

El asombro no tuvo límites: los sonidos que el inventor había depositado en el recipiente con un mes de antelación, salían en aquel instante con la misma fuerza y con el mismo vigor que cuando se pronunciaron.

La Academia, pues, quedó muy complacida, y escuchó con atención suma las discretas explicaciones de sir Puskas sobre el mecanismo del FONÓGRAFO, dignos, por otra parte, de tomarse en consideración, si quiera sea por la suma de inteligencia que representa el descubrimiento.

Este aparato—decía el ilustrado americano,—consta de dos partes enteramente distintas, que corresponden á las funciones diversas á que está destinado, y que son: grabar la palabra y pronunciar lo escrito.

Para la primera se tiene un cilindro registrador de cobre ó latón, dispuesto horizontalmente, atravesado por un eje que pasa por el centro de sus bases, y el cual descansa en dos sustentáculos del mismo metal que se elevan 8 centímetros del pié, que es una elipse un tanto gruesa y bastante pesada. El eje está formado por una rosca, que al girar sobre sí, imprime al cilindro el movimiento propio de rotación y el necesario de traslación horizontal de derecha á izquierda, según la tuerca abierta en el soporte correspondiente.

El mismo paso de rosca se halla grabado en profundo surco hélico en el cilindro, que á su vez va recubierto con una hoja de estaño muy delgada, y que deja en hueco las partes hendidas por la hélice, que es donde se efectúa la anotación de los sonidos.

El mecanismo que ha de producir la impresión de la palabra, consiste en una membrana metálica muy delgada dispuesta en un anillo, y sostenida por un soporte, la cual se coloca delante del cilindro y en contacto con un estilo de acero terso y rígido que va sujeto á la membrana, á fin de que pueda seguir todos los movimientos de ella. Por la parte exterior hay dispuesta una boquilla circular por donde se comunican los sonidos.

Quando se quiere hacer funcionar el FONÓGRAFO, se habla, con voz clara é inteligible, por la embocadura antes citada; se mueve á la vez el manubrio que hay á la derecha del operador; y en el mismo momento en que las oscilaciones de la membrana hacen que el punzón marque su huella sobre la hoja metálica, el movimiento de traslación le facilita el medio de que no se confundan jamás las impresiones.

Estas ondulaciones y relieves causadas en la superficie de la hoja, constituyen la primera función del instrumento, que deja así registrados los sonidos de una manera perfecta y á la vez sencilla.

Para reproducirlos, es preciso separar la membrana por medio de una visagra que la permite girar sobre el soporte; hacer que retroceda el cilindro hasta colocarse en su primitiva posición, y en este estado, dando vuelta al manubrio, el punzón agitado por efecto de las ondulaciones ó relieves que se hallan en la hoja de estaño, trasmittirá su movimiento á la membrana sonora, y esta, al pasar por todas las posiciones que antes ocupaba, reproducirá los sonidos al unisono de los que anteriormente le habrán hecho vibrar.

La voz del FONÓGRAFO fué en los primeros momentos débil y gangosa; pero adoptando á la embocadura un tubo cónico de cartón ó de hoja de madera, las ondas sonoras aumentan su intensidad, y resuenan con la fuerza y con la dulce cadencia de aquel que las pronuncia.

Entre las infinitas aplicaciones que da el autor á su invento, en una memoria que tenemos á la vista, señala la importantísima de transmitir la palabra á largas distancias, uniendo dicho instrumento al teléfono, cosa fácil de combinar por un procedimiento sencillo. De esta manera, cree el inventor que resultarían grandes beneficios para el público y las autoridades, pues en las actuaciones judiciales las declaraciones de los reos y testigos, podrían recibirse desde un punto cualquiera, así como las defensas de los letrados y los interrogatorios de los jueces.

Con este instrumento—dice—se podrán recoger en lo sucesivo los más bellos discursos, las más notables conferencias, y oír al orador expresarse con su pasión propia, con su misma energía, cuando ya, pasados muchos años, el que cautivó al auditorio con su elocuencia haya bajado al sepulcro.

Las últimas palabras que pronunció un moribundo en el lecho del dolor, que son para la familia recuerdos sagrados, y que adquieren más valor á medida que trascurre el tiempo, pueden guardarse en nuestro poder para escucharlas en un momento dado.

La ciencia, al fotografiar los sonidos, trae junto á nosotros á los seres más queridos y que viven en apartadas regiones; nos permite escuchar la voz de aquellos que ya no existen, y en vez del viejo retrato que inmóvil y desfigurado por la mano del tiempo, guardamos en dorado y ostentoso cuadro, tendremos el consuelo de conservar sus palabras, sentir latir su corazón y hacerle revivir, por decirlo así, para tenerla entre nosotros por algunas horas.

Aquellos célebres pensamientos de los hombres grandes resonarán sin cesar en nuestro oído, y cual la ennegrecida piedra que cubre su sepulcro, resistirán eternamente á la inclemencia de los siglos.

Edison ha llegado con este descubrimiento á la cumbre de su gloria. ¡Dios bendiga al hombre insigne que así engrandece á la humanidad.—A. S.

MADRID.

Después de la tempestad, la tromba, el ciclón ó lo que fuera, que descargó el miércoles sobre esta capital, y que tantas víctimas ha hecho y ocasionado tan terribles destrozos, ¿estará el ánimo para hablar de cosas fútiles y alegres?

Los comienzos de la legislatura no preocupan á nadie, ni hay quien se acuerde de la proximidad de San Isidro, patrón de Madrid, ni siquiera—y esto es más raro—de las dos corridas que se anuncian para mañana y el día siguiente: en todos los periódicos y en todas las conversaciones no se trata de otra cosa que de las espantosas consecuencias de un temporal, sin precedentes que recuerden los más ancianos en esta llanura de Castilla la Nueva, meseta central de España.

Todavía no nos hemos dado cabal cuenta, ni nos la daremos nunca, de las desgracias ocurridas; se conoce el número de muertos, pero ¿cómo calcular el de los heridos?

Es indudable que esta villa, que tantas veces ha manchado sus calles con la sangre de las discordias civiles, no ha sufrido nunca, después del cansante batallar de un día entero, tan considerables pérdidas como las que tuvo el miércoles en ocho minutos escasos, y asusta el pensar en lo que sería de ella en este instante si, en vez de tan corto tiempo, hubiese durado el ciclón ó la tromba media hora nada más.

Y ¡parece increíble! en algunos barrios ni advirtieron el peligro. En este, donde tienen ustedes su casa, no se tuvo noticia de la horrible catástrofe hasta que circularon los pormenores por toda la capital. Para nosotros la tempestad no había sido otra cosa que un aguacero más fuerte que los que generalmente suelen caer.

Así que en los primeros momentos nos costaba trabajo creer que hubiera tan crecido número de víctimas. Después, cuando ya en la calle vimos los edificios arruinados y los árboles por tierra, ¡nos parecía mentira que los muertos no fuesen más que veintitantos!

Porque es imposible formarse idea del aspecto que presentan sobre todo el Jardín Botánico y el Retiro. De aquellas hermosas alamedas de uno y otro sitio no queda más que el recuerdo y los despojos. Parece que ha pasado por allí un nuevo Atila al frente de sus legiones de bárbaros.

Supongo que habrán leído ustedes los periódicos de estos días, y no quiero entrar en detalles. Además, y desgraciadamente, nadie como los santanderinos puede comprender los estragos de un temporal de esta clase. Todavía se lloran en ese pueblo las desgracias causadas por aquella espantosa *galerna* que hace pocos años dejó á tantos hijos sin padres.

Entonces la caridad de España entera recorrió con mano pródiga á la miseria y á la orfandad. Después, cuando las inundaciones y los terremotos, sucedió lo mismo. En ninguna de esas ocasiones ha sido el último á remediar los efectos de las catástrofes este generoso pueblo de Madrid, ligero en la apariencia, pero con un corazón que no le cabe en el pecho, según la frase vulgar. ¿Le abandonarán á él en la ocasión presente, sus hermanas las provincias? Bien puede asegurarse que no, sin temor de equivocarse, el que conoce esta hidalga tierra, si dividida y trabajada por las luchas de la política, una ante el peligro y la desgracia.

¡Quiera Dios que la piedad de todos haga menos terribles, de lo que serían sin ella, las consecuencias del temporal del miércoles!

Después de lo dicho, no hay transición gradual posible para pasar á otro asunto. La más rebuscada y mejor traída parecería brusca: ¿á que, entonces, calentarse la cabeza con rodeos retóricos? Dobleemos, pues, la hoja violentamente, y adelante.

Lo que voy á referir ocurrió anoche en el café Suizo: de suerte que es una historieta ó anécdota, ó conforme ustedes quieran llamarla, como quien dice, acabadita de sacar del horno.

Dos literatos, á quienes para que no se incomoden, llamaremos Juan Pérez y Pedro García, discutían, después de tomar café con varios amigos, acerca de su propia popularidad; es decir que cada uno de ellos pretendía demostrar al otro que era más conocido del público que él.

La vanidad, sobre todo entre la gente de letras, es pasión que anda constantemente haciendo de las suyas.

No pudiendo ni queriendo convencerse ninguno de los dos, después de muchos dimes y diretes, y de bastantes distingos y de no pocas salviedades, convinieron en acudir á la opinión de los presentes para que diera su fallo.

Este fué unánime. «Juan Pérez, por su condición de autor dramático, y por otra porción de razones, que no pueden decirse aquí porque equivaldría á declarar el nombre de uno de los contendientes, es más conocido del público que Pedro García.»

Protestó Pedro García indignado, y dijo en seguida:—Apelo.

—¿Ante quién? preguntó uno.

—Ante el mismo público, contestó García.

—Eso es imposible, dijimos todos.

—¿Qué ha de ser? arguyó el interesado: propongo que cada uno de las partes nombremos á un amigo, y que los dos que se nombren, se pongan á la puerta del café y á las tres primeras personas que pasen por la calle, sean quienes fueren, les pregunte á cuál de ambos conocen más. El que obtenga mayoría en esta votación *sui generis*, ese será el vencedor.

Así se acordó, como dice el *Diario de Sesiones*.

Se nombraron los dos padrinos de este lance excepcional, que inmediatamente salieron á la calle de Sevilla.

El primer transeunte fué un caballero elegante. Le detuvieron.

—Dispense usted, caballero, ¿nos haría usted el favor de decir si conoce á don Juan Pérez?

—¿El escritor?

—Precisamente.

—De vista, no; pero de nombre muchísimo.

—Basta; ¿y á don Pedro García?

—¡Ya lo creo! A ese le conozco más que al otro.

—¿De veras?

—Como que hace año y medio que me debe cien duros y no se los puedo cobrar.

Ya se figurarán ustedes que con este primer voto se dió por terminado el escrutinio.

S. DE TRASMERA.

14 de Mayo.

REFORMAS.

La revolución está hecha, como quién dice, ó como dice Ruiz Zorrilla en su último programa. Está hecha en la conciencia del pueblo.

Yo tengo un espíritu reformista que no me le merezco. La novedad me seduce, cualquiera que ella sea, y me pronuncio en favor suyo en menos tiempo que se persigna un cura loco.

Pero que me diga el pueblo si tengo que pagar al sastre, porque entonces no es cosa de molestarse.

Esta es una de las instituciones reformables.

Yo tengo un amigo que era oficial de un ministerio en Madrid en tiempo de la República; mejor dicho, tuvo mi amigo un amigo, que era yo: él no sabe que la amistad tenga más valor que el de una palabra cualquiera.

Allá cuando la gloriosa, se le oyó arengar con el silbido acuoso de su palabra á los que con sus manos levantaban barricadas para defender sus pechos del plomo realista, que es un plomo tan mortífero como otro cualquiera.

Ellos defendían la idea de la libertad, que habían bebido disuelta en los discursos patrióticos y en el aguardiente de la revolución: pocos había que con razón serena hubieran pensado en las desdichas de la patria.

Mi amigo no se sentía dominado ni por la borrachera de la revolución ni por el delirio del patriotismo.

Defendía su credencial; después de la lucha, habría que contarle entre los libertadores.

No se batió; pero triunfante la libertad, celebró su triunfo, y pudo seguir siendo un tiranuelo, sentado, como en un trono, en la badana del sillón de su despacho.

Los dineros del sacristán cantando se vienen y cantando se van.

A la revolución la dieron un testarazo en Sagunto.

Mi amigo es jefe de negociado en Fomento; se preocupa mucho con la división en dos de este ministerio, y una blusa le crispera los nervios.

Esta es una de las instituciones irreformables.

El no se acuerda ya; pero no hace tanto de esto.

Era entonces un término medio entre el lobezno y el hombre. Crespo, harapiiento y mal oliente.

Le acercaron á un poste vertical, del que, á cierta altura, sobresalía un taco de madera en sentido horizontal.

El sargento gritó *talla!*; le arrimó la bota á los pantalones y le mandó calzarse.

Fuese á un rincón; y mientras cumplía el orden del sargento, y no apartaba de él los ojos donde rebullían mezcladas la admiración y la envidia.

Hoy lleva en la manga aquellas cintas amarillas y, en confianza, no niega que está señalado con el número tantos en la *A. M.*; entiende los derroteros en el río revuelto de la política... y sabe lo que se pesca. No se contentará él con pesca inferior á una capitania.

Otra institución irreformable,

¿Saben ustedes lo que es un arado?

La mayor parte de los que comemos pan de primera no sabemos del arado más que su condición genérica de apero de labranza. No tenemos idea exacta de su peso... y Dios nos conserve en esta santa ignorancia!

Problema: ¿cuántos surcos tendrá que abrir el arado en la madre tierra, reblandecida con el sudor del labriego, para producir el pan que come en un año un numeroso ejército?

Para no meternos en cuentas, digamos que muchos, y así evitamos el peligro de exagerar al par que el más probable de quedarnos cortos.

Pues cada vez que unos batallones se sublevan, los surcos que abre el labrador tendrían que multiplicarse en número y en pro-

fundidad para que la miseria no viniese á desbaratar las conquistas del progreso armado.

Reformad el arado; pero no queráis hacermos un político del arador.

Yo que no puedo conformarme al patriotismo del revolucionario de club ó de cuartel, no ando muy lejos de fraternizar con el huelguista de Decazeville. ¡Qué digo fraternizar con él! Yo voy bastante más allá, y creo que el derecho á la holganza es un derecho permanente y sagrado, no tan solo un medio de defensa contra la avaricia del patrón; y no concibo cómo después de cierto tiempo de rudo trabajo en las minas no se ha ganado ya una vida de *confort* saludable y *dolce far niente*. Pues hombre; ¿para qué se trabaja?

Creo en la accidentalidad de la reforma de gobierno, como creía Martos poco hace, —que ahora no sé cómo creará,— y en la eternidad del trabajo y en la necesidad de las revoluciones. Admito la piqueta y la lima, según los casos, aunque en todos ellos se lime hacia el cajón, como es de justicia.

Lo que no creo es que la revolución esté hecha en la conciencia del pueblo, porque es lugar muy excusado y estas cosas se hacen en la calle.

Y de todos modos, estoy tranquilo, porque un amigo mio, que está en el ajo, me tiene prometido que me avisará con tiempo.

Así es que cuando yo me pronuncie no den ustedes dos cuartos por el actual orden de cosas.—ACHE.

EL ANILLO DE ZAFIRO.

(CONTINUACIÓN.)

—Adiós, queridísima tía. Tal vez cuando os halléis visitando las catacumbas de Roma tropecéis conmigo, dijo, y con risueño rostro pero con el corazón oprimido, se marchó. Estas palabras, aunque dichas en tono de broma, fueron como un débil resplandor de la estrella de la esperanza que iluminó la vida de Florencia durante los meses de oscuridad que pasó entre los palacios y ruinas de la sin par y orgullosa «Reina del mundo.»

V.

En el Coliseum de Roma, veíanse á la claridad de la luna varios grupos de ingleses é italianos que hacían temblar las antiguas arcadas con sus risas y chanzas. Entre estos grupos se hallaban lady Vavasour y Florencia Trevylan, acompañadas de varios amigos que habían encontrado en Roma. Parecían á Florencia fuera del lugar las risas y bromas en medio de aquellas venerables ruinas de pasada gloria, que pardas y severas se destacaban al tenue resplandor de una esplendorosa luna, que semejaba á una lámpara de plata colgada de un cielo azul oscuro, por cuyo motivo se alejó un poco de sus compañeros y se sentó á la sombra de una arcada desde donde podía ver y no ser vista.

La claridad de la luna trajo á su memoria el tiempo pasado, cuando acostumbraba á contemplar con frecuencia y plácidamente á aquel gris Minster, tan familiar á su amorosa mirada en la antigua ciudad de su tierra del Norte; y mientras su pensamiento la trasportaba á esos días, miraba á la vez el azul del cielo de Italia, como invocando el recuerdo de alguno que había llegado á ser para ella más querido de lo que se imaginaba. De repente hirió sus oídos una voz que hizo agolparse la sangre á sus mejillas, y desfallecer su corazón. Miró hácia donde había oído aquella voz y vió en una pequeña é inmediata plataforma á Frank Mowbray que llevaba del brazo á aquella señorita que acompañaba el día que le conoció. Florencia podía oír distintamente sus voces y notar que la bella dama hablaba sin perder de vista á Frank.

—Conque ¿decididamente me aconsejáis hacer eso Frank? No sé si podré, pero lo decidiré mañana por la noche, y, si consiento en ello, llevaré en el dedo vuestro precioso anillo de zafiros.

—No, Beatriz, no puedo daros este anillo.

—Os pido que me le prestéis una sola noche; y como quizás en el baile no se me proporcione la oportunidad para hablarlos, si le veis lucir en mi mano, comprenderéis que he consentido en obrar según deseáis. Si las cosas se arreglan de otra manera no le llevaré y de todos modos os prometo que le devolveré á la mañana siguiente.

Diciendo esto Beatriz y riendo al mismo tiempo sacó la sortija del dedo de Frank. Florencia no vió más; cerró los ojos y durante algunos momentos permaneció insensible á cuanto la rodeaba. Con un profundo suspiro trató de dominar sus alterados sentidos; y con gran trabajo pudo al fin levantarse y reunirse á sus compañeros que la llamaban, pero sus descoloridos labios no acertaron á pronunciar una palabra.—¿Qué tienes niña, dijo asustada su tía, que estás tan pálida? Nos iremos á casa y te acostarás.

Florencia permaneció silenciosa y pensativa durante el trayecto hasta su casa porque la arumaba el rudo golpe que en un momento había eclipsado sus risueñas esperanzas.

Al siguiente día se esforzó en aparecer jovial y hasta alegre, pero su oculta pena la mortificaba profundamente.

Llegó la noche, y lady Vavasour inspeccionó por sí misma el traje de su linda sobrina. Aquella noche se daba en el Palazzo Ferrari un suntuoso baile al que estaban invitadas lady Vavasour y su sobrina.

Nunca había estado Florencia tan hermosa como en aquella noche, realizando aún más su belleza el exquisito gusto de su traje. Vestía uno de raso azul pálido, adornado con largas guirnaldas de margaritas ligeramente plateadas, llevaba un grupo de esas mismas flores en el cabello; en el cuello y brazos lucía costosas perlas. Apenas entró en el principal salón del palacio, un murmullo de admiración se oyó entre los que la rodeaban. El dueño del palacio se acercó á recibir con extremada cortesía á las dos inglesas, y al volverse Florencia para hacer lugar á otros convidados, sus ojos tropezaron con el capitán Mowbray, que, apartado de la brillante concurrencia, esperaba de ella señales de haberle conocido. Florencia se ruborizó intensamente, y cuando le daba su mano con la voz más tranquila que la fué posible modular, le expresó el gusto que tenía en volverle á ver, pero al mismo tiempo su corazón sufría recordando lo que había visto y oído en el Coliseum en la pasada noche. No obstante, prometió á Frank varios bailes, no pudiendo comprender la confusión y perplejidad con que entonces y después la miraba.

La velada se hallaba bastante adelantada, y ya estaba bailándose el último rigodón en el jardín brillantemente iluminado, cuando el sonido de las trompetas anunció que la cena estaba servida. El dueño del palacio, acompañado galantemente á Florencia hasta el comedor, donde el mayor refinamiento gastronómico excitaba el apetito de los huéspedes, y allí vió Florencia que cerca de una ventana se encontraba sentado Frank Mowbray al lado de la hermosa dama que había visto con él dos veces. En aquel momento llevaba ella un vaso á los labios, y en su linda mano reparó que traía el anillo de zafiros que Florencia conocía tan bien. Los ojos de Frank se fijaron en la sortija y á la vez que la miraba se sonreía y hablaba con su compañera que parecía preocupada. Florencia no volvió á ver aquella noche á Frank, puesto que inmediatamente después de la cena manifestó á su tía el deseo de retirarse á casa.

Después que Florencia entró en su habitación, se quitó su magnífico vestido, y cubriéndose con un peñador se dejó caer en una silla al lado de la ventana abierta, y lloró amargamente.

—No me ama—exclamó entre sollozos:—no me ama; y yo, pobre loca, le entregaba mi alma, que rechaza como prenda sin valor, mientras que esa orgullosa mujer posee su corazón, por el cual yo hubiera dado mi vida!

Pasado el primer periodo de su dolor, Florencia se levantó y cerró la ventana y las persianas para evitar los alegres rayos del sol de la mañana que con su esplendor parecían burlarse de aquel atribulado corazón, del cual súbitamente se había alejado toda idea de felicidad y alegría, y luego cayó en un profundo sueño, del que despertó cuando la mañana estaba ya muy adelantada. Felipa su doncella entró en la alcoba, y al abrir las persianas, Florencia notó que estaba pálida y agitada.

—¿Qué ocurre Felipa? ¿Ha sucedido algo? —Sí, Miss, pero no os asustéis. El sobrino de la señora, el capitán Mowbray, paseando hoy por la mañana á caballo, se ha caído de él y le han traído aquí gravemente herido. La señora está muy asustada. Pero hareis bien en no salir de vuestro cuarto miss—añadió Felipa—al ver que Florencia se ponía apresuradamente una bata, con desencajado rostro.

Cuando Florencia llegó á la habitación de su tía, sus temblorosas piernas apenas podían sostenerla. Enseguida que la vió Lady Vavasour, la estrechó entre sus brazos, diciéndole—pobrecita mía, pobre niña.

—¿Tía, vive?—preguntó Florencia con anhelo.

—Vive, querida mía, pero se halla sin conocimiento; y los médicos temen alguna lesión en el cerebro. En su delirio pronuncia frecuentemente tu nombre y me parece que tu presencia le ha de servir de alivio, pero temo que esto te ha de hacer demasiada impresión.

Florencia no pudo replicar, pero se levantó y su tía la condujo á la habitación donde se encontraba el capitán Mowbray.

En el momento en que Florencia entró, parecía estar más tranquilo; pero durante todo el día continuó sin sentido y muy agitado.

Tres semanas estuvo Florencia sin apartarse de su lado; Lady Vavasour se hallaba preocupada por el efecto que tanta inquietud y pena produciría en su querida sobrina.

(Concluirá.)